

FUE AYER

Belchite: un pueblo frente
a la cuestión del pasado

Stéphane Michonneau

Traducción de Scheherazade Pirilla Cañadas

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

MICHONNEAU, Stéphane

«Fue ayer»: Belchite: un pueblo frente a la cuestión del pasado / Stéphane Michonneau ; traducción de Scheherzade Pinilla Cañadas. — Zaragoza : Prensas de la Universidad de Zaragoza ; Institución «Fernando el Católico», 2017
486 p. : il. ; 22 cm. — (Ciencias Sociales ; 121)
ISBN 978-84-16933-28-0

1. Belchite, Batalla de, 1937. 2. Belchite—Historia
355.48(460.224Belchite)
946.022.4Belchite

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Stéphane Michonneau

© De la traducción, Scheherzade Pinilla Cañadas


© De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza (Vicerectorado de Cultura y Proyección Social) e Institución «Fernando el Católico»
1.ª edición, 2017

Colección Ciencias Sociales, n.º 121

Director de la colección: Pedro Rájula López

Publicación n.º 3531 de la Institución Fernando el Católico, organismo autónomo de la Diputación provincial de Zaragoza.

Prensas de la Universidad de Zaragoza, Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tl.: 976 761 330. Fax: 976 761 063
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

 Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

Impreso en España
Imprenta: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza
D.L.: Z 367-2017

AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría visto la luz sin la ayuda y los consejos de numerosas personas a las que, desde aquí, quisiera dar las gracias: por los ánimos que siempre me ha dado, a Daniel Baloup, con quien he compartido un proyecto apasionante, pero absorbente; por el techo que tan generosamente me prestó en Zaragoza, a Jesús Astigarraga; por la cálida acogida que me dieron, a los colegas —ahora amigos— de la Universidad de Zaragoza: Pedro Rújula, Roberto Ceamanos, Ignacio Peiró, Alberto Sabio, Javier Usoz y, por supuesto, Carlos Forcadell; por la ayuda que me han brindado y el tiempo que me han dedicado, a María José Ortiz y a su padre, Julián, a Jaime Cinca, a Santiago Arnal, a Domingo Cubel, a Josefina Cubel y a Alberto Novella y a su hijo; por la calidad de sus traducciones y por sus consejos siempre acertados, a Colette Rabaté; por su lectura atenta y crítica, a Philippe Michonneau, a Marc Jayat y a Eduardo González Calleja; por su impecable profesionalidad, pese a las urgencias, a Ana María Mayorga y a Anne Mars; y por su excelente trabajo de traducción, a Scheherzade Pinilla Cañadas.

INTRODUCCIÓN
BELCHITE, UN ESPACIO-TIEMPO

Situado a 40 kilómetros al sudeste de Zaragoza, Belchite es algo más que un pueblo; sin llegar a ser una ciudad. Este burgo es la aglomeración urbana más importante de su comarca, el Campo de Belchite, que incluye una decena de pueblos en sus contornos. Pero esta comarca nada tiene del verde paisaje del valle del Ebro: pasadas las estribaciones que bordean el valle, el campo de Belchite es una meseta calcárea de extrema aridez, sacudida por los vientos, atravesada por unos valles encañados entre montañas por los que discurren unos arroyuelos que se alimentan de las resurgencias. La meseta está salpicada por unas colinas desgastadas que terminan a un centenar de metros de los pueblos circundantes y cuyo perfil recuerda al Oeste americano. Los campos rodean unos pequeños cerros pedregosos y dibujan modestas parcelas de formas redondas.

La dureza que transmite estos paisajes semiáridos no puede dejar de impresionar al visitante. Dureza que, no obstante, ha de ser matizada; puesto que, en la década de 1930, este campo estaba más poblado y era mucho más verde de lo que es hoy. Los olivares han disminuido considerablemente y las escasas descripciones que poseemos de los verdes paisajes que bordeaban el largo y recto camino de Zaragoza a Belchite no se corresponden ya con la realidad. La población también ha caído sensiblemente: el burgo, que contaba con 3812 habitantes en 1935, ya no tiene más que unos 1600. La Guerra Civil tuvo mucho que ver con ello; y, mucho más,

el éxodo rural que sangró al pueblo en las décadas de 1960 y de 1970. De esta forma, Belchite no ha recuperado un estatuto de capital que, en la actualidad, le disputa la localidad de Lécera.

Entonces, ¿por qué interesarse por este «pueblo como cualquier otro» del campo español? Ante todo, porque Belchite es el lugar de una experiencia extraña y preciosa, la de experimentar el pasado mientras caminamos.¹ De un lado, se trata de un viejo pueblo en ruinas, destruido durante una memorable batalla de la Guerra Civil, conservado desde entonces en su estado original; de otro, unos centenares de metros más abajo, tenemos un burgo nuevo, reconstruido tras el conflicto, en el que vive una pequeña comunidad rural agonizante. Aquí, el pasado no surge de entre los adoquines, como en Berlín; tampoco está enterrado, como en Pompeya: se hace a pie, es un «aquí al lado» que comprendemos en su irreductible espacialidad.

Así pues, volví a trazar la senda del tiempo caminando, durante el transcurso de largos paseos en solitario por un pueblo fantasma cuyas ruinas, silenciosas, se erigen en testigos del conflicto. El historiador queda fascinado, presa de una sutil mezcla de sentimientos contradictorios: inquietud difusa, recogimiento, estupor, curiosidad, excitación. Necesita vivir las ruinas en su terrible presencia y en su hermosa fragilidad y, entonces, se enfrenta a un pasado que no comprende y al que difícilmente puede dar un sentido.

Después, llegó el tiempo de los paseos acompañados por personas mayores o más jóvenes. El hilo del relato seguía a este deambular. Cada casa, el rincón de cualquier calle, suscitaba su ración de comentarios y anécdotas: el primer beso en el hueco de una puerta cochera, las marcas de una ráfaga de metrallera de la que se habían escapado por los pelos, el rastro del hilo de sangre que corría tras las ejecuciones sumarias, el zumbido de los bombarderos, el escondite donde se guardaron algunas reservas para sobrevivir en caso de dificultad... Por momentos, un testigo se

1 Tomo esta expresión de Maud Joly, *Le corps de l'ennemi. Histoire et représentations des violences contre les républicains en Espagne (1936-1963)*, p. 549. Se trata de una tesis defendida en el Institut d'Études Politiques de París el 21 de noviembre de 2011. Agradezco al autor que me haya dejado su texto.

animaba, aceleraba el paso para simular la huida a través de la noche mientras las tropas republicanas asediaban el pueblo, detenía su carrera en el lugar en el que había perdido una alpargata, imitaba el lanzamiento de una granada; ralentizaba el paso allí donde, en otro tiempo, se elevaba la casa familiar; se callaba en el sitio en el que una amiga fue alcanzada por las bombas; cuchicheaba ante la casa de un falangista destacado; gritaba para simular la llamada a un compañero situado del otro lado de una calle sacudida por las ráfagas de las metralleras apostadas en las puertas del pueblo; invocaba a un muerto; emulaba el ruido ensordecedor de las ráfagas nocturnas de artillería; o lloraba donde el suelo había terminado por hundirse debido al amontonamiento de cuerpos enterrados a toda prisa.

Entonces, el relato entrecorrido de los testigos apenas tenía un sentido para mí. La cronología estallaba y había que hacer preguntas para retroceder el hilo siempre perdido de esta historia a retazos; para comprender el sentido, dominado solo por la emoción, de las sedimentaciones de la memoria y de las asociaciones fortuitas. A lo largo del paseo, se sucedían, en una confusión total, los momentos felices y los dolorosos. Los recuerdos, semejantes a un archipiélago, comenzaban entonces a dibujar un paisaje fragmentado cuya coherencia, dada únicamente por el paseo, solo alcanzaba con grandes dificultades. El anciano que me acompañaba pronunció una vez la frase que —así lo entendí— iba a ser la clave interpretativa de la historia que pretendía analizar: «Fue ayer». El tiempo parecía no haber hecho efecto sobre sus recuerdos siempre vivaces de la guerra. Y las ruinas eran el lugar de esta misteriosa rememoración en la que el tiempo parecía abolido. De lo que colegí claramente que, en Belchite, la relación con el pasado se comprendería a través de la relación con el espacio.

Comencé entonces a buscar las huellas de ese pasado en el árido paisaje. Y las huellas no faltaban: ruinas, monumentos, objetos, trincheras, búnkeres, paisajes modelados por las heridas de la guerra. Todas ellas ofrecen al historiador una perspectiva única para comprender cómo una sociedad entiendo su pasado y lo simboliza. Desde este punto de vista, resulta clara la diferencia, establecida por Charaubriand a comienzos del siglo XIX, entre «las ruinas creadas por el tiempo» y «las ruinas creadas por los hombres». Entonces, el gusto heredado de la Antigüedad y la pasión romántica por los vestigios de tiempos pasados favorecieron el

redescubrimiento y la consideración de las ruinas creadas «por el tiempo». Pero, en el siglo xx, se imponen las ruinas creadas por los hombres que, en la mayor parte de los casos, son resultado de conflictos bélicos: «ruinas violentas», o «repentinias», dirán algunos; «ruinas traumáticas», según otros.

Ya sea bajo una u otra forma, las ruinas se han convertido en elementos fundamentales de la construcción de los imaginarios contemporáneos, si bien su tratamiento difiere según las épocas: en el siglo xix, las ruinas se «nacionalizaron» en el entendido de que guardaban el secreto de unos orígenes de la nación cuya genealogía se intentaba elaborar apasionadamente. A comienzos del siglo xx, cuando comenzaron a conservarse por ellas mismas, las ruinas representaban la presencia tutelar de los ancestros, una exhortación a las generaciones del presente para que se mantuvieran fieles al pasado y combataran hoy; una prueba, en fin, de la barbarie del enemigo. Desde la Primera Guerra Mundial, estas ruinas se encuentran en el centro de las representaciones de la destrucción y de la violencia (en una palabra, de la catástrofe que está llamada a señalar el punto de origen de lo que es contemporáneo para nosotros). Las ruinas de Belchite, aparecidas en 1937, son herederas de estas evoluciones del pasado; pero anuncian también otra época, la de la conservación masiva de las huellas de los conflictos posteriores a la Segunda Guerra Mundial: Oradour-sur-Glane, Coventry, Berlín, Hiroshima o Nagasaki. Desde luego, no se trata de hacer de Belchite un pueblo-mártir de la Guerra Civil como Guernica; ni mucho menos un lugar de masacre comparable a Oradour-sur-Glane. En efecto, sería poco honesto comparar un pueblo víctima del totalitarismo con un pueblo del que el franquismo quiso hacer su espejo. Pero este pueblo aragonés parece el primer ejemplo de un tipo llamado a conocer un éxito creciente con la eclosión del turismo de guerra en la segunda mitad del siglo xx y el comienzo del xxx.

Seguramente, una visión macrohistórica que estableciera un vínculo entre Belchite y los recientes trabajos de remodelación de la Zona Cero de Nueva York tendría mucho de seductora. Sin embargo, pecaría de anacronismo por cuanto este lugar de memoria victimario no se ha construido en un día y resulta necesario reconstruir, en su contexto, las circunstancias que han llevado a contraponer, en vertiginosa comparación, el viejo y el nuevo pueblo de Belchite: al objeto de comprender los diferentes modos

de representación del pasado.² En un principio, prevaleció la razón heroica, una razón que hizo del viejo pueblo de Belchite un lugar grandioso, una «ruina-monumento» que, en el fondo, apenas se distinguía de los grandes aparatos conmemorativos en los que el siglo xxx fue tan pródigo. El pueblo en ruinas fue también memorial, en la gran tradición de la posguerra de la década de 1920. De manera indisoluble, aunque no exenta de ambigüedad, las ruinas de Belchite fueron aún el lugar de una lectura cristiana *de la eternidad*: una historia en la que se mezclan los pecados de los hombres de la Segunda República, la sublevación como causa de redención, el castigo divino bajo la forma de guerra fratricida, la victoria de Cristo (sin el perdón) y la refundación de la Ciudad de Dios en la tierra con el nuevo pueblo. Este, inaugurado en 1954, se convirtió en elemento central de una interpretación modernizadora de la historia, una interpretación cargada de optimismo y de confianza en las virtudes de la reconstrucción física y moral de España. El nuevo Belchite estaba destinado al confort moderno.

Más tarde, a partir de la década de 1960, las ruinas perdieron los contenidos estrictamente políticos que el siglo xix y la primera mitad del siglo xx les habían conferido. Con todo, no desaparecieron del imaginario contemporáneo, sino que se inscribieron de un modo distinto, el del patrimonio victimario. A partir de este momento, las ruinas, objeto de toda una atención restauradora, se convirtieron en «ruinas-huellas», conservadas en su calidad de últimos vestigios de una época pasada que ya no comprendíamos bien. Por tanto, se conservaron en cuanto pruebas de un crimen de la historia que las generaciones actuales creían poder juzgar: el de las poblaciones civiles bombardeadas; el de los exilios forzados y, sobre todo, el de las represiones de cualquier tipo.

Estas formas de aprehensión del pasado se repiten en los no menos complejos modos de relación con el espacio: el tiempo de las conmemoraciones convirtió al viejo Belchite en uno de los elementos centrales de una red de «ruinas gloriosas» que salpicaban España: el Alcázar de Toledo, el Cerro de los Ángeles, el santuario de Santa María de la Cabeza, la Ciudad

2 Tomo la expresión *lugar de memoria victimario* de la obra dirigida por François-Xavier Nènard y David el Kenz, *Commemorer les victimes en Europe (Xvii-Xxii siècles)*, Seyssel, Champ Vallon, 2011. Véase, especialmente, Stéphane Michonnaeu, «Belchite ou les avatars de la figure victimaire», pp. 65-76.

Universitaria (de la que forma parte la Casa de Velázquez)... Al mismo tiempo, Belchite estaba en el centro de una geografía religiosa sorprendentemente estable cuyo epicentro era la basílica del Pilar, en Zaragoza. A esta lógica reticular se añadió un modo de relación con el espacio característico de las utopías modernas: Belchite, espejo del régimen franquista y vanguardia de una cierta modernidad arquitectónica y urbanística, fue el pretexto para innumerables exposiciones que, por el hecho de no ser universales, no dejaban de tener la ambición de contener el mundo. La utopía futurista se acompañó de un proyecto carcelario cuando, en el nuevo burgo, se abrió uno de los más grandes campos de trabajo del aparato de represión franquista. En la actualidad, vecinos y visitantes, más que volver la espalda a las ruinas, no dejan de regresar a ellas, como si, entre el pueblo nuevo sin pasado y el pueblo viejo sin futuro, trataran de reconciliar un tiempo y un espacio desgarrados.

En el fondo, el estudio de caso de Belchite permite no solo comprender las estratificaciones de los *regímenes de historicidad*, sino también las estratificaciones de lo que denominaría los *regímenes de espacialidad*, esto es, los modos de relación con el espacio y el sentido que los actores les confieren. De un lado, los distintos modos de relación con el pasado, fijados en épocas distintas, se superponen pero raramente coinciden, componiendo un régimen *discordante* de historicidad. De otro, los diversos tipos de aprehensión del espacio, que son otras tantas formas de practicarlo, definen regímenes de espacialidad no coincidentes. Entre ambos existen correspondencias que hay que analizar, representaciones colectivas compartidas por descubrir que dibujan un paisaje memorial lleno de contrastes e, incluso, de vacíos.

El trazado de este paisaje memorial pasaba necesariamente por un análisis metódico, a gran escala. Como acertadamente señala Stefan Goebel, «los historiadores interesados en la “memoria colectiva” harían bien en estudiar, más que la nación o el Estado, comunidades a pequeña o mediana escala».³ En un primer momento, la preferencia por el estudio monográfico

3 Stefan Goebel, «Commemorative Cosmopolis: Transnational Networks of Remembrance in Post-War Coventry», en Stefan Goebel y Derek Keene (eds.), *Cities into Battlefield. Metropolitan Scenarios, Experiences and Commentaries of Total War*, Franham, Ashgate Publishing, 2011, pp. 163-184: «The historians interested in “collective memory” would do well to focus on small and medium scale communities rather than the nation or the state».

co permite a la mirada ganar en agudeza lo que había perdido en extensión. Después, y gracias a los sucesivos ajustes, la investigación se amplía y gana en coherencia. La estructura de este trabajo evidencia esta forma de proceder: la primera parte establece la cronología de un desastre. Aquí la mirada del historiador resulta mope y a ras de suelo. En un segundo tiempo, se analizan los usos políticos de las ruinas, reflejo de las grandes etapas que marcan la historia de la España contemporánea. En un tercer momento, la investigación se sumerge en las profundidades de las representaciones compartidas del pasado y adopta una perspectiva antropológica. Finalmente, la última parte intenta analizar unos juegos de memoria colectiva que están hechos de superposiciones, pero también de vacíos y de fallas. En el proceso, las fuentes y los objetos de estudio cambian de naturaleza: los archivos militares, las fotografías de guerra y la prensa son pronto sustituidos por los planes de reconstrucción, las maquetas de monumentos y las notas de prensa de las ceremonias públicas que, a su vez, ceden su lugar a la palabra de los testigos. El relato cronológico, progresivamente, pierde su coherencia y su linealidad: la historia se hace fragmentaria y lleva a primer plano una realidad de complejidad y contradicciones crecientes. Las ruinas son el lugar mismo de esta mutación: en principio, las ruinas son visibles porque simbolizan la plenitud en el paisaje de la destrucción; finalmente, resultan valiosas por el vacío que sugieren y por su evocación de un pasado desaparecido.

Para comprender este objeto de estudio, mi enfoque se nutre de las aportaciones de los más variados horizontes teóricos, en la confluencia de tres escuelas historiográficas. En primer lugar, mi trabajo se inscribe en la tradición de una historia de la memoria que apareció a comienzos de la década de 1980 y que ha conocido tres etapas. Fue, en primer lugar, una historia de los usos políticos del pasado que hizo de las conmemoraciones su objeto de estudio. Más tarde, reforzada por el redescubrimiento de la sociología de la memoria de Maurice Halbwachs, centró sus análisis en los marcos sociales de la memoria. A partir de entonces, el estudio de la memoria debía fundarse en el estudio de los elementos sociales que, históricamente, determinan su naturaleza, sus modos de expresión, sus prácticas y su eficacia. Finalmente, en la década de 1990, fue, de manera casi unánime, una historia de la memoria traumática, fundamentalmente la de la *Shoah*. Esta historia contribuyó a dar una mayor dimensión al lugar del testigo e, incluso, de la víctima en las sociedades contemporáneas, poniendo

el acento en memorias que no eran tanto modos de articulación social cuanto formas de apropiación colectiva. Actualmente, este tipo de historiografía se esfuerza por comprender los sutiles mecanismos de estructuración de las memorias que, por su naturaleza misma, entran en contradicción. Así, las memorias colectivas emergen como realidades que se negocian con el propósito de establecer un relato aceptable del pasado. Este proceso de construcción de la memoria, discursivo y práctico al mismo tiempo, es necesariamente dinámico e inestable, conforme a las configuraciones sociales que lo sustentan. No es lineal, ni homogéneo; sino que está hecho de tensiones, recuperaciones, olvidos y vacíos que conviene analizar. A tal fin, el cambio de escala en el análisis resulta indispensable.

Este trabajo también es heredero de la gran tradición historiográfica sobre la Guerra Civil. Este objeto de estudio fue asentándose hasta construirse, en su falsa evidencia, como una especialidad de la Historia Política relativamente encerrada en sí misma. A mediados de la década de 1980, apareció una historiografía que se alejaba de la literatura militante que había dominado hasta entonces y que evidenciaba la búsqueda de un equilibrio entre los dos bandos, ya fuera en la enumeración de las causas del conflicto o en la evaluación del número de víctimas. En consonancia con el espíritu de la Transición, se intentaba presentar la Guerra Civil como una suerte de locura colectiva, un acceso de fiebre pasajero en la Historia del pueblo español por fin reconciliado. Abundaron las metáforas del combate fratricida, como si se quisieran destacar aún más los valores pacíficos de un régimen democrático que redimía de los crímenes del pasado. La crisis de los estudios sobre la memoria a mediados de la década de 1990 y los numerosos estudios sobre el primer franquismo (1939-1960) contribuyeron a que la Guerra Civil se contemplara desde una cronología más amplia que, de manera significativa, incluía las graves consecuencias que tuvo el conflicto en la sociedad de las décadas de 1940 y de 1950. El presente estudio se sitúa decididamente en esta perspectiva amplia que asume la disolución del «objeto historiográfico Guerra Civil» para comprenderlo en *la longue durée* de la Historia Contemporánea.

Finalmente, en los últimos años, el estudio de las violencias de guerra se ha convertido en un objeto central de la historiografía europea, sobre todo, gracias al formidable esfuerzo de renovación que han conocido las investigaciones sobre la Primera Guerra Mundial. Más allá de los conflictos

historiográficos aún candentes, debemos a los especialistas de este campo de estudio unas herramientas de análisis de la realidad histórica absolutamente renovadas. La variedad de los objetos de investigación y la riqueza metodológica han sido las características de una historiografía muy creativa que, actualmente, desborda ampliamente el estrecho marco de la década de 1910: los trabajos recientes sobre la guerra Franco-Prusiana de 1870 o sobre la Segunda Guerra Mundial se han beneficiado de todo ello. No obstante, la Guerra Civil ha quedado un tanto al margen de esta renovación historiográfica internacional. Desde esta perspectiva, la curiosidad que han demostrado los españoles de hoy por la Primera Guerra Mundial señala un cambio. Nuestro estudio debe mucho a esta historiografía renovada que encuentra en el caso español un nuevo terreno para la reflexión.

En suma, la apuesta por el estudio monográfico no está guiada por un supuesto valor ejemplar de Belchite, el mismo valor que el franquismo nunca dejó de proclamar. Lejos de ser excepcional, Belchite es simplemente un caso que se impone al investigador en su singularidad. Para mí, su valor es, fundamentalmente, heurístico; pues, para quien dedica su tiempo a analizar el sentido de la repetición de los gestos y expresiones y a frecuentar asiduamente los archivos, el terreno y las gentes, Belchite se ofrece como un formidable laboratorio histórico en el que se descubren modos de operar difíciles de encontrar en cualquier otro lugar.

INTRODUCCIÓN

En una obra reciente, Henry Rousso define la contemporaneidad como «todo lo que reconocemos como perteneciente a “nuestro tiempo”, incluyendo la tradición, la huella, el recuerdo de épocas pasadas». ¹ Rousso plantea entonces la hipótesis de que «cualquier Historia Contemporánea comienza con “la catástrofe más reciente”, en todo caso, aquella que parece más elocuente cuando no se trate de la más cercana en términos cronológicos». El historiador identifica esta catástrofe que inaugura el tiempo presente con las guerras que, desde la Revolución francesa, han «marcado el tiempo histórico occidental» y, especialmente, el tiempo del siglo xx: la Primera Guerra Mundial; la Segunda Guerra Mundial; las guerras coloniales; la reciente ola de guerras posteriores a la Guerra Fría; la primera guerra del Golfo; las guerras de la ex-Yugoslavia, de Afganistán, de Irak, etc. De manera continua, crece el interés por todo ese pasado reciente vinculado a determinados acontecimientos violentos y por las marcas que esos mismos acontecimientos han dejado tras ellos. Si bien resulta imposible determinar qué conflicto específico inaugura nuestro presente (¿1914?, ¿1945?, ¿2001?), ello no impide que sea la catástrofe bélica la que «inaugure el presente de la estructura histórica de aquellos que la padecen». ²

1. Henry Rousso, *La dernière catastrophe: l'histoire, le présent, le contemporain*, Paris, Gallimard (coll. «Essais»), 2012, p. 13.

2. *Ibidem*, pp. 19-20.

La tradición que instituye la catástrofe como origen siempre provisional del tiempo presente se remontaría a la Primera Guerra Mundial. El término *catástrofe* revisite aquí un doble significado: por un lado, se refiere al drama de las trincheras y de las poblaciones civiles afectadas por la guerra de 1914-1918 y cerraría un tiempo pasado, un largo siglo XIX que comenzaría con la Revolución francesa y al que ofrecería un desenlace y, en consecuencia, un sentido; por otro, sería el comienzo de un nuevo mundo teñido de pesimismo, un mundo sufriente que lame sus heridas de guerra. Esta tonalidad no hace sino aumentar con la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial. Así, la mirada sobre el pasado se hace obsesiva y elabora el acontecimiento violento como catástrofe traumática. Y esa mirada no solo recae sobre la historia de la supuesta ruptura, sino también sobre sus consecuencias, sobre una posguerra concebida desde el punto de vista de la resiliencia, es decir, de la capacidad de los individuos y de las sociedades para superar la experiencia de la catástrofe.³ Esta mirada sobre la guerra en el siglo XX tiene una doble consecuencia: por un lado, la catástrofe se ha erigido en el paradigma fundador de la sociedad actual, a riesgo de hacer de la historia una historia catástrofica. Por otro, los contemporáneos se han sumergido en una especie de larga posguerra que no terminaría nunca.

Si bien 1945 «fue, en primer lugar y ante todo, el año de una nueva catástrofe individual y colectiva» para la mayoría de los occidentales, esta percepción no ha sido unánime.⁴ En España habría que desplazar el cursor nueve años atrás, hasta 1936. Desde esta perspectiva, una cierta historiografía francesa tiende a considerar el comienzo de la Segunda Guerra Mundial —ese año de 1940 que conoce la derrota y el consiguiente hundimiento del Estado— como el momento de esa «brusca y violenta ruptura de la continuidad» que caracteriza a la catástrofe original. Por tanto, dependiendo del país, dependiendo de la comunidad, el tiempo de la catástrofe es distinto. En el caso español, señalar 1936 como punto de arranque de la contemporaneidad marca una ruptura con una larga tradición historiográfica

fica que ha entendido la secuencia 1936-1975 como un largo e infeliz paréntesis en la historia de España, como un accidente en el camino de la lenta y lineal historia de la instauración de la democracia. También significaría romper con una historiografía que tiende a considerar que la Ley de Amnistía de 1977 operó como una suerte de «borrón y cuenta nueva» según la expresión habitual utilizada por periódicos como *El País* o *ABC*. Aquí asumimos una perspectiva distinta, la de considerar la Guerra Civil como un acontecimiento inacabado que todavía resuena en el presente. Y lo que permanece vigente no es tanto la propia catástrofe cuanto la profunda huella que ha dejado en la conciencia histórica de los españoles. Dicho de otra forma, la contemporaneidad es un efecto del pasado que implica un cierto régimen de historicidad: régimen que François Hartog definiría en la década de 1980 como «la forma en que una sociedad trata su pasado y de su pasado».⁵

Estudiaré aquí la catástrofe sufrida por un pueblo a lo largo de las décadas de 1930 y de 1940, momento paroxístico de violencia que cambió para siempre su historia y significó el final de un cierto modo de vida y el comienzo de un tiempo verdaderamente nuevo. Por supuesto, este tiempo de la catástrofe fue percibido de maneras diversas, y así sucedió en esta pequeña comunidad: de un pueblo a otro, de una familia a otra, de un individuo a otro, las experiencias fueron infinitamente distintas y, al mismo tiempo, estaban inextricablemente unidas entre sí. Ante todo, ha de analizarse la catástrofe tal como fue vivida e interpretada. Pero también es necesario situar esta historia particular en una más general, la de la guerra, sin entrar a considerar como central el problema de su representatividad. Es más, cabría entender que la ola de violencia que se abatió sobre este pueblo argonés fue excepcional desde muchos puntos de vista: en pocos años, Belchite conoció tres oleadas de represión, una batalla que echó abajo la mayor parte de sus edificaciones, el éxodo y empobrecimiento extremo de sus habitantes, una reconstrucción lenta y penosa, el uso sistemático del trabajo forzoso, la proscripción y el exilio de muchos de sus habitantes y la emigración. Pero lo que de verdad hace de este caso algo singular son las marcas visibles que el acontecimiento violento dejó en el pueblo: las

3 El concepto de *resiliencia* fue acuñado por Fritz Redl en 1969. En la década de 1980, aparecieron varias obras dedicadas a la resiliencia; más tarde, en la década de 1990, se realizaron diversos estudios en Estados Unidos bajo la dirección de Emmy Werner y de John Bowley. El binomio traumatismo/resiliencia participa de la psicologización de las ciencias sociales.

4 H. Roussou, *La dernière catastrophe...*, op. cit., p. 19.

5 François Hartog, *Régimes d'historicité. Présentisme et expérience du temps*, Paris, Ed. du Seuil, 2003, p. 127.

ruinas —que se conservaron de forma voluntaria desde 1938— y las numerosas huellas de los combates. Estas ruinas, imponentes, nos hablan del comienzo de la época contemporánea, igual que esos relojes parados en la hora exacta de la explosión atómica que se exhiben en Hiroshima: simbolizan un punto cero que es, a un tiempo, *Stunde Null* y *Ground Zero*.⁶ De ahí que esas ruinas se hayan convertido en coordenadas absolutas de la Historia Contemporánea y su sola presencia hace del pasado una cuestión particularmente compleja.

CAPÍTULO I BELCHITE, HISTORIA DE UNA DESTRUCCIÓN

Los momentos de la violencia de guerra

Un golpe de Estado fallido

Las circunstancias concretas de la sublevación del 18 de julio de 1936 en Belchite no se conocen muy bien, pero una cosa es segura: el pueblo cayó rápidamente en manos de los sublevados. La cercanía a Zaragoza, firmemente defendida por las tropas sublevadas, contribuyó a ello sin dudas; así, los falangistas de la capital y los partidarios del golpe de Estado tomaron rápidamente el poder y organizaron persecuciones. La proximidad de la zona que aún permanecía bajo control republicano facilitó la huida de 29 personas desarmadas que huyeron a las montañas próximas.¹ Según Julián Casanova, los enfrentamientos y las resistencias motivaron el envío de expediciones de castigo compuestas de falangistas, guardias civiles y militares.² Los rebeldes contaron con el apoyo de una parte de la población, sobre

1 Julia Cifuentes Chueca y Pilar Maluenda Pons, *El asalto a la República. Los orígenes del franquismo en Zaragoza (1936-1939)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995, p. 140, n. 11.

2 Julián Casanova, *Aranquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa*, Barcelona, Planeta, 2006, pp. 90-92.

6 Michael Lucken, «Les montres brisées: réflexions sur le temps d'après-guerre», *Ebisu*, 32 (2004), pp. 125-153.

TERCERA PARTE
LAS RUINAS, EN LA CONFLUENCIA DE LAS MEMORIAS
COLECTIVAS

Introducción	257
Capítulo 9. Un inmenso cementerio	261
Capítulo 10. Entre desaparecidos y espectros	283
Capítulo 11. Una Virgen, un santo	305
Capítulo 12. De entre las ruinas	333
Capítulo 13. Tierra de olvidos	363
Conclusión	389

CUARTA PARTE
LAS RUINAS, ESPACIO-TIEMPO DE LA MEMORIA

Introducción	395
Capítulo 14. Un pueblo de palabras	399
Capítulo 15. El pueblo es su doble	421
Capítulo 16. Belchire, <i>hic et nunc</i>	441

CONCLUSIÓN GENERAL. La Hansa del martirio	453
---	-----

ÍNDICE ONOMÁSTICO	483
-------------------------	-----

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
el 1 de marzo de 2017*



tiempo, el de otros pueblos mártires, tales como Maillé, Rouffignac o Argenton-sur-Creuse. En este ejemplo lemosín, se ha impuesto la tonalidad suficiente, rebajando los efectos de la lectura heroica de los acontecimientos que pretendían imponer las autoridades de la República. La distancia entre la monumentalización y patrimonialización victimaria refleja muy bien la dicotomía entre las memorias comunes por una población convertida en comité del recuerdo y los usos políticos. Este antagonismo se ha rebajado recientemente, gracias a la inauguración de un Centro de Interpretación en 2002, que ha hecho posible una doble lectura de los acontecimientos de junio de 1944. Así, tanto en Coventry como en Oradour, la exaltación del heroísmo no excluye la noción de *sufrimiento* y, probablemente, esa ha sido la clave del éxito de unos sitios que han sabido manejar esa articulación. En la actualidad, podemos considerar que la perspectiva catalanista sobre la Guerra Civil ha permitido al pueblo de Corbera d'Ebre vincular, de manera profunda, el contenido heroico y militar ligado a la batalla del Ebro con la expresión de un dolor colectivo ligado a los bombardeos de las poblaciones. Este modelo se ha exportado a otras ciudades de Cataluña, especialmente, a Barcelona, donde el recuerdo de los bombardeos está muy presente desde finales de la década de 1990. El hecho de que se trate de una derrota de consecuencias nefastas para Cataluña está directamente vinculado con el traumatismo del sitio de Barcelona de 1714.

Huellas para las víctimas

En cambio, la Alemania y el Japón de la inmediata posguerra desarrollaron un modo de valoración de las ruinas que dejaba a un lado el principio heroico para concentrarse, fundamentalmente, en el sufrimiento provocado por los bombardeos. La idea de martirio se impone en Japón mucho antes que en la Alemania del Oeste, pero de manera paradójica: desde la década de 1950, sobre todo en Hiroshima, el martirologio ha alimentado el mito de «la única nación víctima del militarismo nuclear». Esta victimización se vio acompañada, entonces, por la nacionalización del acontecimiento atómico, con Japón desempeñando el rol de antihéroe. El fenómeno fue más tardío y limitado en Alemania, especialmente, porque la RDA siguió interpretando la Segunda Guerra Mundial dentro del marco de la tradición antifascista durante mucho tiempo, pero también porque el valor heroico de las ruinas era más difícil de asumir en un país tan profundamente marcado por el

nazismo.⁴⁶ Si bien es verdad que, a partir de 2000, los debates sobre las consecuencias de los bombardeos aliados que agitaron la opinión pública del país reunificado hicieron de la ruina de la *Frauenkirche* de Dresde el símbolo de una nación sufriente, cuyo heroísmo estaba encarnado por las *Trümmerfrauen*. De ahí que esta iglesia fuera escenario del primer discurso de Helmut Kohl en la RDA posterior a la caída del Muro.

El valor heroico de las ruinas no ha desaparecido por completo en la actualidad, especialmente, en Londres, en Coventry, y, en menor medida, en Oradour. Otros sitios muy visitados durante la posguerra han perdido su atractivo, como el de Santa María de la Cabeza, que está prácticamente abandonado. Aquí las ruinas permanecen como una especie de conchas que han sido vaciadas de unos usos políticos ahora obsoletos. Desde la década de 1960, las ruinas de Belchite dejaron de ser objeto de empresa conmemorativa, una evolución que sería reforzada con la instauración de la democracia; y todo ello, pese a que el discurso heroico siguió alimentando la interpretación que la mayoría de la población tiene de la guerra. Estas ruinas no convirtieron en símbolo del sufrimiento colectivo más que de forma incompleta y tardía, por cuanto, en España, esta función ha sido asignada a Guernica. Belchite se sitúa, de este modo, en un punto intermedio; en el exacto opuesto de las ruinas de Caen, de Lorient o de Brest que, en la medida en que resultaron de los bombardeos aliados, jamás fueron monumentalizadas y no se dedicaron más que tímidamente a la victimización.⁴⁷

De 1940 a nuestros días, el conjunto de este paisaje memorial ha tendido a homogeneizarse por efecto de la lectura victimaria de la historia. Las posiciones representadas por cada uno de los ejemplos aquí considerados dibujan una especie de nebulosa heroico-victimaria relativamente indiferenciada. Con todo, las ruinas muestran una gran diversidad en los modos de articulación de las dimensiones monumental y patrimonial, así como numerosas discordancias en la superposición de los regímenes de historicidad que de ellas se derivan.

⁴⁶ Hay que matizar esta afirmación en la medida en que el quinto aniversario del bombardeo de Dresde dio lugar a un intento de internacionalización del lugar de memoria de reconciliación germano-británica. S. Goebel, «Commemorative Cosmopolis...», art. cit., pp. 174 y ss.

⁴⁷ D. Voldman, *La Reconstruction des villes françaises... op. cit.*, pp. 131-42.

¿Una Hansa del martirio?

Los contextos nacionales han condicionado mucho las memorias colectivas en Europa, «que han sido expresadas en las tradiciones nacionales y transmitidas a las generaciones siguientes mediante el proceso de socialización y con ayuda de toda la herencia cultural».⁴⁸ De hecho, Rudy Koshar ha insistido en la importancia del marco nacional para la construcción de un relato victimario europeo: «en todas las culturas europeas, la memoria colectiva depende, en última instancia, del filtro que procuran los relatos de victimización».⁴⁹ Dicho esto, la historiografía insiste ahora en la internacionalización de las memorias, una nueva dimensión que ha de tenerse en cuenta para completar la descripción del paisaje memorial de las posguerras.

Las redes de los lugares de memoria

Se ha creado una red de correspondencias cuyos centros son relativamente poco numerosos. En España, Belchite ha extendido su aura mucho más allá de Aragón, integrándose en un archipiélago de ruinas unidas por el turismo de guerra y las ceremonias conmemorativas. La economía de reliquias ha hecho posible esta circulación de memorias que parece organizarse por pares: Toledo *versus* Madrid, Belchite *versus* Zaragoza, Oviedo *versus* Gijón, Valle de los Caídos *versus* El Escorial, Guernica *versus* Bilbao. Del mismo modo, Oradour y Coventry han desempeñado un rol central en la estructuración de las memorias nacionales de Francia y de Reino Unido, igual que Lidice en República Checa, o la *Kaiser-Wilhelm-Gedächtniskirche* en la RFA. Queda por escribir el estudio de las correspondencias que se han tejido entre estos lugares de memoria. Las políticas de hermanamiento, la circulación de reliquias, las maquetas de ruinas exhibidas en

¿Una Hansa del martirio?

las exposiciones, el juego de las reutilizaciones, los monumentos cruzados, las ceremonias paralelas o el turismo de guerra serían otros tantos elementos a tener en cuenta.

En esta línea, Stefan Goebel ha demostrado que, en la Europa de la posguerra, el martirio de Coventry se convirtió en un modelo exportable con un fuerte valor añadido: en 1962, Coventry mantenia vínculos con otras 23 ciudades mártires en el mundo.⁵⁰ La *Saint-Michael's Cathedral* y la *Kaiser-Wilhelm-Gedächtniskirche* fueron inauguradas el mismo día, el 25 de mayo de 1962, en señal de reconciliación entre los dos países. Coventry ha servido de modelo para muchos monumentos en Europa, particularmente en Berlín, y ha recibido a cambio numerosos testimonios desde el extranjero, como la *Kiel Stone of Forgiveness*, colocada en el centro de la Capilla de la Unidad.⁵¹ Por su parte, Hiroshima es epicentro de la internacionalización de las memorias victimarias: por ejemplo, encontrada por el Ayuntamiento japonés, tras el hermanamiento de las dos ciudades. Esta campaña tañe cada 6 de agosto, igual que sucede en el Memorial de la Paz nipón. Estos nudos de memoria que son Coventry e Hiroshima están en el centro de las redes que habría que revisar. De este modo, el *International Center for Reconciliation*, fundado en Coventry en 1940, ha manifestado su compromiso con «la reconciliación en distintas situaciones de conflicto violento, ya tengan que ver con disputas religiosas o ya estén alimentados por otros factores».⁵² Desde 2013, se apoya en la *Community of the Cross of Nails*, que cuenta con 150 centros evangélicos en el mundo, 58 de ellos solo en Alemania. Otro proyecto significativo es el grupo que se integra en *Les Chemins de la Mémoire*, una iniciativa del Memorial de Caen que reúne a seis países fundadores: Francia, Reino Unido, Alemania,

⁵⁰ *Ibidem*, p. 170

⁵¹ Así, Richard Bronson, del *Coventry Cathedral Center of International Reconciliation*, donó la estampa *Reconciliation*, obra de Josefina Da Vasconcelos, al Memorial del Muro de Berlín con motivo del décimo aniversario de la Caída. El original está en la Universidad de Bradford, encontrándose otras réplicas en Hiroshima, Coventry e Irlanda del Norte. La obra representa a una pareja arrodillada que se abraza, mostrando una gran aflicción. Entre ellos, hay un libro enganchado en una alambrada.

⁵² <<http://www.coventrycathedral.org.uk>>: «to reconciliation in various situations of violent conflict, some related to religious dispute and others fuelled by different factors».

⁴⁸ Josef Niznik (dir.), *Twentieth Century Wars in European Memory*, Fráncfort del Meno, Peter Lang, 2013, p. 11: «which have been expressed in national traditions and transmitted down generational lines in the process of socialization with the help of a whole cultural legacy».

⁴⁹ Rudy Koshar, *From Monuments to Traces... op. cit.*, p. 294: «in all national cultures, collective memory is after all dependent on the filtering element provided by narratives of victimhood».

Bélgica, Italia y España.⁵³ Organiza ceremonias anuales en los «lugares de sufrimiento» y prepara folletos explicativos en los lugares de martirio. En España, han sido catalogados 136 sitios teniendo en cuenta cinco categorías («los frentes»), «la España republicana», «la España franquista», «la internacionalización del conflicto» y «la España de la post-guerra»). Belchire solo es evocado por la batalla de 1937.

Una historia transnacional de las memorias de guerra

Estas redes invitan a concebir una historia transnacional de las memorias de guerra. En su estudio comparado sobre Japón y Alemania, Sebastian Conran estima que

La historia de la memoria forma parte de una historia entrelazada y transnacional. Los debates sobre el pasado llevan las huellas de un mundo globalizante, unas huellas que están profundamente grabadas en lo que aún hoy se percibe, en muchas ocasiones, como el dominio de una singularidad nacional, de un pensamiento y una mentalidad particulares.⁵⁴

A su vez, Henry Rousso subraya «la emergencia de un nuevo espacio mundial» que descubre una «globalización de las relaciones con el pasado».⁵⁵ Este espacio se caracterizaría por el ascenso de los relatos alternativos que tienden a rechazar el marco de las historias nacionales y de las narraciones históricas universitarias, acusadas de ceguera. También está marcada por una magnificación de la figura de la víctima, que considera la historia desde la perspectiva única de los crímenes y de las masacres: las ruinas son siempre pruebas de cargo que se conservan en vistas a instruir un proceso a la historia. No hay duda de que, en Europa, la memoria de la *Shoah* ha sido un potente factor de internacionalización de las prácticas y de los referentes

53 Se trata del *Memorial de Caen*, del *Haus der Geschichte der Bundesrepublik* (Bonn), del *D-Day Museum* (Portsmouth), del *Centre Guerre et Sociétés Contemporaines* (Bruselas), del Museo de la Paz (Guernica) y del *Istituto per i Beni Culturali* (Bologna).

54 Sebastian Conran, «Entangled Memories: Versions of the Past in Germany and Japan, 1945-2001», *Journal of Contemporary History*, 38/1 (2003), pp. 85-99. «The history of memory is part of an entangled and transnational history. Debates about the past bear the traces of a globalizing world which are deeply engraved in what is often still perceived as the realm of the uniquely national, of a peculiar mentality and mindsets».

55 H. Rousso, «Vers une mondialisation de la mémoire», art. cit.

memoriales compartidos y su epicentro se situaría en Polonia, en torno a las particularmente frágiles huellas de los campos de concentración nazis.⁵⁶ A ello habría que añadir el peso creciente de la pasión patrimonial, que descubriría una relación fetichista con el pasado que se conjuga con una *cultura de la paz* convertida en uno de los fundamentos de la identidad europea contemporánea. Este potente pacifismo, que ha alimentado la vida política de las posguerras, no está exento de conflictos, antagonismos y contradicciones, como prueban los casos de los bombardeos aliados en Alemania, el de los bombardeos atómicos en Japón o el de la Guerra Civil.⁵⁷ La Hansa del martirio es, sobre todo y ante todo, una liga de la paz.

Si heroísmo y sufrimiento son la abscisa y la ordenada que permiten situar las ruinas en el paisaje memorial, la internacionalización constituye, más bien, la carga simbólica que posibilitaría que un sitio adquiriera valor universal, es decir, que vendría a ser algo así como un alma suplementaria: las condiciones de esta internacionalización están dictadas por consideraciones que superan ampliamente el marco nacional y que dependen estrechamente del contexto histórico posterior a la Segunda Guerra Mundial, muy particularmente en el mundo occidental liberal. Estas condiciones (la organización de redes transnacionales, la solidez de la cultura de la paz, las estrategias de valoración de las ruinas, la sutil articulación de valores como paz o heroísmo por el discurso político-religioso, la movilización de los círculos locales o la continuidad de las políticas públicas de la memoria) son mucho más determinantes que las circunstancias singulares de la des-

56 En este sentido, resulta interesante constatar que uno de los primeros edificios culturales en ruinas a su completa desaparición durante la posguerra y, en 1958, el régimen decidió conservar su fachada. En 1966, se inauguró una placa conmemorativa y, en 1988, Erich Honecker aludió a su reconstrucción. Esta se haría efectiva en 1991.

57 Ide Kanako, «A Symbol of Peace and Peace Education: The Gumbaku Dome in Hiroshima», *Journal of Aesthetic Education*, 41/4 (2007), pp. 12-23. Después de la guerra, el libro escolar *Gumbaku No Ko* representa la Cúpula en medio de un paisaje idílico que inspira calma y tranquilidad, un paisaje con árboles, río y cielo azul moteado de nubes blancas. Todo muy distinto del champiñón atómico. Sin embargo, este discurso pacifista se lee de muy distinta forma dependiendo de si el público es japonés u occidental. Para los primeros, la Cúpula representa la lucha contra el uso de armas nucleares en el futuro. Para los segundos, representa la necesidad del uso del arma atómica para asegurar la libertad y la justicia.

trucción o sus causas. Desde esta perspectiva, una historia transnacional de las memorias de guerra debería intentar comprender en qué medida conceptos tales como *experiencia de guerra* o *martirio de guerra* han contribuido a igualar y homogeneizar una cultura europea, necesariamente, diversa.

Muchos sitios no han alcanzado esta dimensión internacional que tan tempranamente se elaborara a partir del modelo surgido en Reino Unido y Japón: con excepción de Guernica, los lugares de martirio español han escapado, hasta fecha muy reciente, a esta lógica transnacional. Esta posee, a su vez, un ritmo propio que se corresponde, más o menos, con el de las historias locales o nacionales. Los contratiempos de la política local, regional o estatal han hecho que, en Belchite, no se haya consolidado más que muy parcialmente el despliegue de un espacio memorial de carácter transnacional. Este desfase—o, si se quiere, este anacronismo—también es el que explica su interés.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Adorno, Theodor W.: 420
 Afanassiev, Youri: 258
 Alaux, Gustave d': 158
 Albero, Manuel: 342
 Alcalde, Ángel: 53, 105, 142, 185
 Alexander, Jeffrey: 454
 Alfonso Trallero, Ramón: 50, 136-137, 184, 278
 Alfonso XIII: 50, 103, 128
 Allángui Burriel, Guillermo: 410
 Alonso Vega, Canillo: 218
 Álvarez, Anselmo: 219
 Álvarez, Baltasar: 360
 Amador Carretero, Pilar: 131
 Andrieu, Jean: 153, 159
 Angoso, Ángel: 129
 Aparicio Camara, Ángel: 263
 Archilla Navarro, Ángel: 410
 Ardevín, César: 137
 Ariza, Antonio: 447
 Arnal, Santiago: 402, 406, 412, 415
 Arraás, Joaquín: 132
 Arnal Lucena, Francisco: 29
 Arceaga, Marcella: 422
 Artigas, José: 306
 Artigas, José María: 244
 Ascané, Ramón: 354
- Ascaso, Joaquín: 30
 Audouin-Rouzeau, Stéphane: 283
 Avalos, Juan de: 220
- Bacler d'Albe, Louis-Albert: 158
 Baquero, Adolfo: 189
 Baquero, Natalio: 399
 Baquero, Victoriano: 287
 Baquero Millán, Jesús: 203-205
 Barbé-Coguelin, Geneviève: 163
 Barnard, George: 152-153
 Barrón, Fernando: 31
 Beato, Felice: 153
 Becker, Annette: 247, 315, 463
 Beltrán, Ismael: 340, 360, 369
 Benjamin, Walter: 453
 Benjumea, Joaquín: 83
 Bernacker, Walter: 243
 Bielsa Palleroia, José María: 368
 Bigador, Pedro: 65, 182
 Boquet, Denis: 459, 472
 Bogdanich, Carlos: 293
 Bolín, Luis: 119, 145-147
 Bonet Correa, Antonio: 68
 Borobio, Javier: 209, 233-234, 252
 Borella, Antonio: 180
 Bouju, Emmanuel: 414, 451

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Belchite, un espacio-tiempo	11
-----------------------------------	----

PRIMERA PARTE EL TIEMPO DE LA CATASTROFE

Introducción	23
Capítulo 1. Belchite, historia de una destrucción	27
Capítulo 2. «Belchite de Franco»	59
Conclusión: «Os juro que sobre estas ruinas de Belchite...»	89

SEGUNDA PARTE UNAS RUINAS DE GUERRA POLITIZADAS

Introducción	97
Capítulo 3. Una nueva Numancia	103
Capítulo 4. Pasión por las ruinas	127
Capítulo 5. Los desastres de la guerra	151
Capítulo 6. Una utopía paradójica	175
Capítulo 7. Un memorial... ¿para qué paz?	201
Capítulo 8. Un museo al aire libre	229
Conclusión	251

TERCERA PARTE
LAS RUINAS, EN LA CONFLUENCIA DE LAS MEMORIAS
COLECTIVAS

Introducción	257
Capítulo 9. Un inmenso cementerio	261
Capítulo 10. Entre desaparecidos y espectros	283
Capítulo 11. Una Virgen, un santo	305
Capítulo 12. De entre las ruinas	333
Capítulo 13. Tierra de olvidos	363
Conclusión	389

CUARTA PARTE

LAS RUINAS, ESPACIO-TIEMPO DE LA MEMORIA

Introducción	395
Capítulo 14. Un pueblo de palabras	399
Capítulo 15. El pueblo es su doble	421
Capítulo 16. Belchite, <i>hic et nunc</i>	441
CONCLUSIÓN GENERAL. La Hansa del martirio	453
ÍNDICE ONOMÁSTICO	483

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
el 1 de marzo de 2017*

